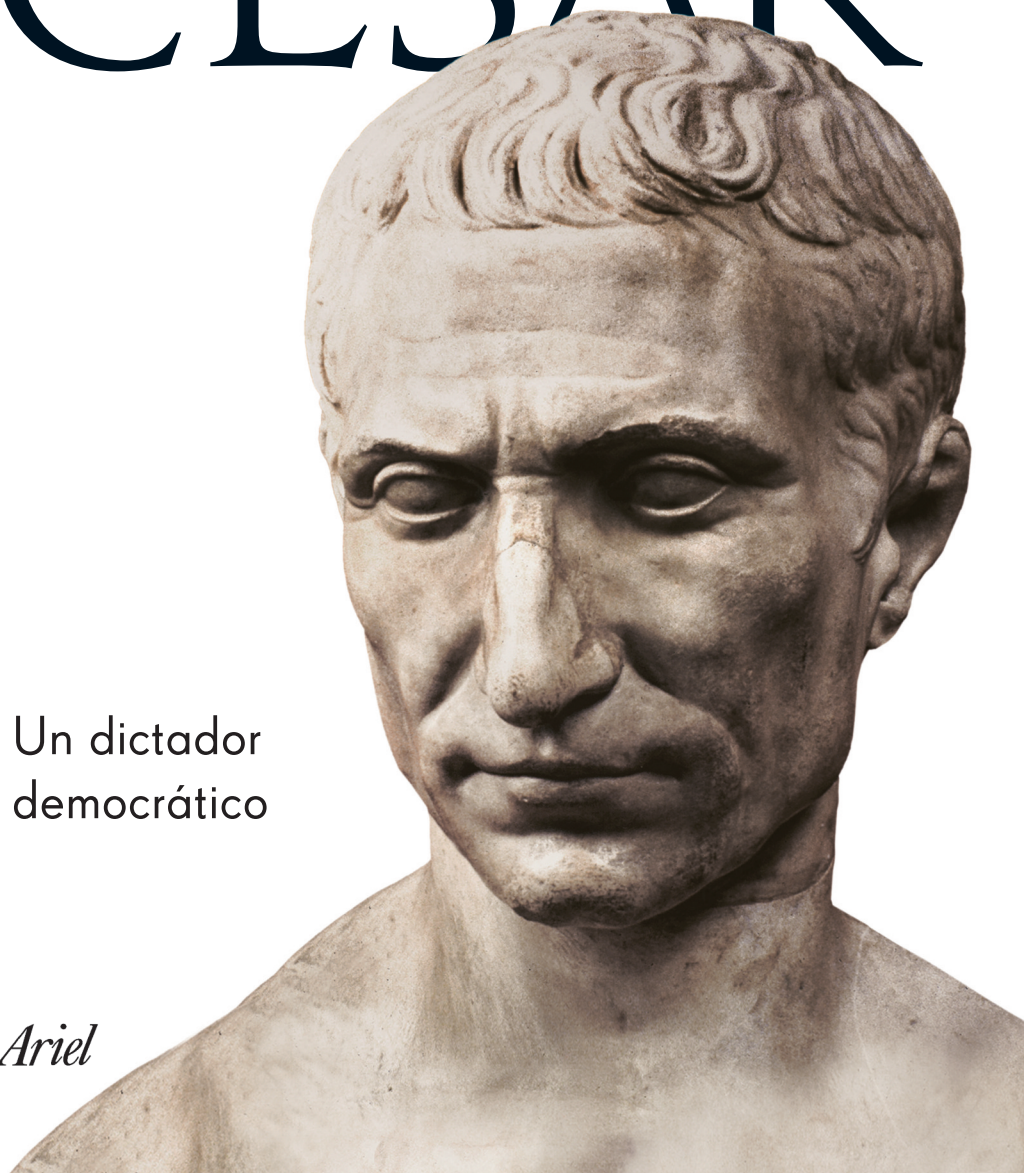


Luciano Canfora

JULIO CÉSAR

Un dictador
democrático

Ariel



Luciano Canfora

JULIO CÉSAR

Un dictador democrático

Ariel

Título original: *Giulio Cesare*

1.ª edición en esta presentación: octubre de 2014
Ediciones anteriores: 2000, 2007

© 1999: Gius. Laterza & Figli Spa, Roma-Bari

Traducción de
Xavier Garí de Barbará y Alida Ares

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:

© 2000, 2007 y 2014: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-1891-2
Depósito legal: B. 16.462 - 2014
Impreso en España por
Book Print Digital

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Prefacio		1
I. <i>Huyendo de Sila: primeras experiencias de un joven aristocrático</i>		9
II. <i>Prisionero de los piratas (75-74 a.C.)</i>		15
III. <i>El ascenso de un líder</i>		19
IV. <i>Pontífice máximo</i>		27
V. <i>Los «negocios» del señor Julio César y de otros</i>		31
VI. <i>Mercado político</i>		37
VII. <i>En la conjuración y más allá de la conjuración</i>		43
VIII. <i>El discurso al senado reelaborado por Salustio</i>		57
IX. <i>El «monstruo de tres cabezas»</i>		65
X. <i>Los efectos del triunvirato: el dictamen de Asinio Polión</i>		73
XI. <i>El primer consulado (59 a.C.)</i>		79
XII. <i>Un aliado incómodo: Clodio</i>		85
XIII. <i>Semíramis en la Galia</i>		91
XIV. <i>La conquista de la Galia (58-51 a.C.)</i>		99
XV. <i>El «libro negro» de la campaña gálica</i>		117
XVI. <i>Hacia la crisis</i>		123
XVII. <i>¿Una vieja aspiración a la «tiranía»?</i>		133
XVIII. <i>Asalto al mundo con cinco cohortes</i>		137
XIX. <i>El «programa» cesariano: la búsqueda del consenso</i>		145
XX. <i>«Amicitia»</i>		153
XXI. <i>Del Rubicón a Farsalia</i>		159
XXII. <i>Contra la subversión</i>		177
XXIII. <i>Alejandría</i>		181
XXIV. <i>César, salvado por los judíos</i>		199
XXV. <i>De Siria a Zela</i>		207
XXVI. <i>La larga guerra civil</i>		217
XXVII. <i>El vástago de Palma: aparece el joven Octavio</i>		231
XXVIII. <i>«Anticato»</i>		241
XXIX. <i>Indicios de conspiración</i>		245
XXX. <i>«Iure Caesarus»</i>		251
XXXI. <i>La escena de las Lupercales</i>		261
XXXII. <i>La dictadura</i>		267
XXXIII. <i>¿Epicúreos en revolución?</i>		275
XXXIV. <i>La «hetería» de Casio y el reclutamiento de Bruto</i>		285
XXXV. <i>Realismo de un conspirador: Casio se coloca en segunda fila</i>		291
XXXVI. <i>Un inesperado rechazo</i>		295

XXXVII.	<i>¿Cicerón promotor de la conjura?</i>	299
XXXVIII.	<i>Del grave error de prescindir de la escolta</i>	305
XXXIX.	<i>Dinámica de un «tiranicidio»</i>	309
XL.	<i>«Where's Antony?»</i>	317
XLI.	<i>El cuerpo de César. Cómo un éxito se transforma en fracaso</i>	321
XLII.	<i>El viento</i>	329
APÉNDICE 1.	<i>César escritor</i>	335
APÉNDICE 2.	<i>La otra verdad: Asinio</i>	345
APÉNDICE 3.	<i>El «Brutus» y el «Anticato»</i>	355
APÉNDICE 4.	<i>La política cultural</i>	361
APÉNDICE 5.	<i>La restauración</i>	363
	<i>Bibliografía</i>	367
	<i>Biografías</i>	373
	<i>Cronología</i>	383
	<i>Glosario</i>	407
	<i>Notas</i>	423

I

HUYENDO DE SILA: PRIMERAS EXPERIENCIAS DE UN JOVEN ARISTOCRÁTICO

1. César se nos muestra en su primera juventud como un hombre hostigado pero indomable, fuertemente comprometido en defender el honor del derrotado partido «popular». Contra César se desencadena la hostilidad del dictador Sila, quien anhelaba eliminar físicamente al sobrino de Cayo Mario. Éste era descendiente de una de las más antiguas familias patricias, la estirpe de los Julia, los cuales se jactaban de proceder de una mítica descendencia de Iulo, hijo de Eneas. Cebarse en el jovencísimo hijo de Cayo Julio César (*maior*), fallecido en el año 85 cuando el futuro dictador apenas contaba 16 años, no iba a ser nada fácil. Sila prefirió humillarlo, y así, entre otras cosas, trató de que abandonase a su esposa, Cornelia, por su parte hija de Cinna, el otro cabecilla «popular» que Sila había derrotado cuando llevó a cabo la marcha sobre Roma.

Para César, aquellos primeros años de vida «consciente» bajo la dictadura de Sila significaron probablemente una experiencia decisiva. Comprobó, al mismo tiempo, qué representaba arriesgarlo todo en una situación de poder absoluto de los enemigos políticos, y qué podría significar el dominio incontrolado de la *factio paucorum*.

Tras haberle impedido asumir el cargo de *flamen Dialis*,¹ Sila pensó acabar con César y hacer que lo asesinaran. Plutarco lo afirma claramente.² Por su parte, Suetonio lo deja entender cuando explica que César, obligado a cambiar cada noche de escondite, e incluso a sobornar «a quienes lo acechaban», al final «consigue librarse» (*veniam impetravit*) por intercesión de las vestales, así como de Aurelio Cota.³

Así pues, Sila halló resistencia en su mismo entorno contra la iniciativa de liquidar a César. De ahí la dura réplica dirigida a los suyos, incapaces de entender la peligrosidad de César: «¡Habéis ganado, quedaos con él! Un día os daréis cuenta de que aquel a quien queréis salvar a toda costa, será nefasto para el partido de

los aristócratas (*optimati partibus*), que todos hemos defendido. No os dais cuenta que en César hay muchos Cayo Mario». ⁴ Aun cuando no le faltasen asesinos a sueldo, ⁵ anónimos y fiables, no logró su objetivo. Esta experiencia extrema empujó a César a tomar partido definitivamente, cuando, como narra Plutarco, «vagaba por la Sabina» cambiando de refugio cada noche. ⁶

2. César decidió desaparecer de Roma por un tiempo. Nació, de este modo, su misión como *legatus* de Marco Minucio Termo. En el año 81, Termo, inmediatamente después de la pretoría o quizá incluso antes de caducar su magistratura, ⁷ fue destinado a la provincia de Asia, y se llevó consigo a Julio César. Era, evidentemente, una forma de alejarlo de Roma. En Asia, Termo confió a César una misión en la corte de Nicomedes, rey de Bitinia y buen amigo de la República romana. Fue en aquella ocasión cuando surgió la gran amistad entre César y Nicomedes, sobre la cual sus adversarios se ensañaron con duras y continuas alusiones sobre el aspecto sexual de la misma. Hasta treinta y cinco años después, el tema era objeto de sorna incluso en los estribillos que los soldados cesarianos cantaban en la época del triunfo sobre la Galia: ⁸ «César sometió las Galias, Nicomedes sometió a César», ⁹ y continuaban ironizando: «He aquí que ahora triunfa César, quien ha conquistado la Galia, pero no triunfa Nicomedes, que conquistó a César.» César se mantenía dignamente a distancia de estas mofas. De todos modos, la misión en Asia se caracterizó también por los acontecimientos bélicos. César se concentró en el asedio de Mitilene —último foco de resistencia antirromana tras la caída de Mitrídates— y «fue condecorado por Termo con una corona *ob cives servatos* (por haber salvado la vida de los ciudadanos romanos)». ¹⁰

En el 78 lo encontramos en Cilicia al servicio de Servilio Isáurico; ¹¹ éste, tras el consulado, había sido destinado a un delicado cargo contra los piratas, para los que Cilicia era su punto de fuerza, su base y su refugio. Aunque no lo conocemos con exactitud y detalle, parece evidente que César continuó con sus operaciones en Oriente y no regresó a Roma mientras vivió Sila. Paulatinamente se fue asociando, con especiales responsabilidades, con los comandantes romanos que avanzaban sobre Asia Menor. Su pertenencia al patriciado lo hacía posible. Hay que decir también que, evidentemente, incluso los magistrados vinculados a Sila le abrían las puertas, lo que contribuía no poco a su supervivencia y salvación.

Tan sólo regresó a Roma al llegarle la noticia de la muerte de Sila y de la insurrección de Marco Emilio Lépido (cónsul en el 78)

contra la legislación silana.¹² Es significativo el gran acontecimiento que representó su vuelta. Este hombre de 22 años, perseguido y obligado a huir de Roma para salvar la vida, en modo alguno doblegado por la persecución, se moviliza rápidamente en cuanto se entera de la desaparición del dictador. Actúa como un líder que sabe que es reconocido como tal; valora las propuestas y las posibilidades de Lépido y las descarta. Éste, que es mucho más anciano, con mayor autoridad y que aquel año ocupaba el consulado, lo invita calurosamente y «con grandes promesas»¹³ a compartir la aventura de la revolución, advirtiendo en César a un jefe popular. Pero César ya tiene el «ojo clínico» del político maduro, lo cual le permite distinguir entre un aventurero y un jefe con posibilidades de éxito. Suetonio, que sobre esto proporciona valiosos detalles, precisa que César descartó aliarse con Lépido por dos razones: porque no tenía confianza en su carácter,¹⁴ y porque, observando las cosas de cerca, se había dado cuenta de que se trataba de una iniciativa inferior a sus expectativas.¹⁵ En esta rapidez de valoración y reflejos se halla ya el político provisto de la virtud máxima según la politología clásica: la capacidad de intuir los movimientos, es decir, prever «entre las varias posibilidades, lo que con mayor probabilidad se va a producir».¹⁶ Un arte que antepone la capacidad de valorar las relaciones de fuerza.

La insurrección de Lépido, prematura y mal organizada, acabó mal. Tras haber fomentado desórdenes en la Galia Transalpina, siendo ya procónsul (77 a.C.), Lépido marchó sobre Roma, pero Catulo lo despachó, de modo que huyó miserablemente a Cerdeña, quedando una parte de sus hombres refugiados con Sertorio en España. Lépido tenía a sus espaldas una desastrosa trayectoria. Había estado con Cina, se había casado con una mujer que estaba emparentada con Saturnino, malogrado cabecilla popular. Pero cuando la victoria de Sila se hizo inminente repudió a su esposa y se alió con él, enriqueciéndose con las incautaciones de las proscripciones, lo que constituyó un agravio indeleble. Convertido en cónsul (según la estructuración silana), se dedicó a conspirar con Pompeyo, que por otra parte había sido formado y protegido por Sila, pero que era mucho más hábil y listo que él, con el fin de cambiar la constitución silana, cuyas normas liberticidas acentuaban el carácter oligárquico de la República romana. Es fácil advertir que César había seguido una conducta del todo opuesta a la de Lépido: había rechazado divorciarse de la hija de Cinna y había desafiado al dictador arriesgándolo todo. He aquí a qué puede referirse Suetonio cuando habla de la desconfianza de César hacia el *ingenium* de Lépido. Por otra parte, en Roma, la política era por excelencia un oficio hereditario, y César, que no carecía de cinismo en la utilización de hom-

bres incluso no cualificados, chantajeará en el 49-48, al principio de la guerra civil, al hijo de Lépido, se servirá de él para formalizar la asunción de la dictadura y lo convertirá en su *magister equitum*, usándolo también como «rival» del demasiado independiente e inquieto Antonio.¹⁷

3. Contra los hombres del régimen silano, César escoge un camino distinto y más prudente, que tal vez pueda resultar más productivo: llevar a algunos a los tribunales con acusaciones concretas. Así, denuncia por corrupción en su gestión al procónsul en Macedonia, Cneo Cornelio Dolabela (cónsul en el 81, y comandante de la flota de Sila el año anterior), el cual probablemente no había permanecido al margen de las proscripciones. Es muy probable que el mandato de Dolabela en Macedonia se prolongase hasta la llegada, en el 77, de Apio Claudio Pulcro (cónsul en el 79). Ello significa que el proceso tuvo lugar durante los años 77-76. Tácito, en cambio, en el *Diálogo de los oradores* data este memorable proceso en el que Dolabela fue defendido por abogados de primera línea como Hortensio, quien lo hizo gratuitamente, en el «vigésimo primer año» de vida de César,¹⁸ es decir, en el 79 o incluso en el 80. Esto resulta imposible, ya que de este modo se situaría el proceso bajo el gobierno de Sila. El discurso de acusación de César contra el ex cónsul malversador se leía aún en tiempos de Gelio,¹⁹ en el siglo II. Veleyo Patérculo, que fue contemporáneo del emperador Tiberio, define aquel acto de acusación con expresiones entusiastas: «*accusatio nobilissima*». Y detalla también que la opinión pública se mostraba favorable a César. Sin embargo, el corrupto se libró gracias a los óptimos e influyentes abogados que le asistían.²⁰ César, que no se había hecho nunca ilusiones sobre el desenlace del proceso, dijo en el curso de su intervención contra el imputado que «la mejor de las causas fracasó por el patrocinio de Lucio Cota».²¹ La derrota no fue estéril. Como ocurre en estos casos, no debe olvidarse que el fracaso de Lépido había reforzado al régimen que justamente se proponía derrocar. La victoria del proceso de Dolabela fue una muestra de la vitalidad y soberbia²² de la parte silana, afianzada sólidamente en el poder.

Los griegos, que esperaban obtener justicia contra Dolabela, quedaron decepcionados. César les daría apoyo en una posterior acción judicial, esta vez contra otro personaje de la camarilla silana, Cayo Antonio Hibrida. Éste, destinado a una carrera accidentada,²³ pero célebre quizá para la posteridad, sobre todo por ser tío del tribuno Marco Antonio, se había hecho con vastas recompensas en perjuicio de los griegos cuando Sila se encontraba allí,²⁴

y de vuelta a Italia se dedicó a especular sobre los bienes de los proscritos. Pero los griegos afectados —estamos en el año 76— lo denunciaron ante el *praetor peregrinus* de aquel año, Marco Terencio Varrón Lúculo. Según Plutarco,²⁵ César, que defendía la acusación de los provinciales contra el expoliador silano, fue tan eficaz que Cayo Antonio acabó por apelar a los tribunales sosteniendo como pretexto que no se le garantizaban condiciones procesales justas. Ni Plutarco (que cometió varios errores cronológicos) ni el gramático Asconio nada refieren sobre cómo acabó el proceso, pero todo lleva a pensar que al final Antonio evitó la condena.

Cierto es que al día siguiente de tales acontecimientos político-judiciales, César decidió nuevamente «desaparecer», «para apaciguar las hostilidades desencadenadas contra él», comenta Suetonio.²⁶ ¿Qué mejor ocasión que un viaje de instrucción a Rodas, lugar tranquilo y de «peregrinación» para jóvenes romanos de las clases altas en busca de una buena formación «griega»?

II

PRISIONERO DE LOS PIRATAS (75-74 a.C.)

1. La travesía se vio alterada por un percance. A la altura de la isla de Farmacusa —una de las Espóradas al sur de Mileto— la embarcación de César fue capturada por los piratas, los salvajes piratas de Cilicia. El relato más pintoresco de esta aventura —que se encuentra también en la obra historiográfica de Veleyo—¹ es el de Plutarco; también Suetonio ofrece detalles coincidentes con la vivaz narración del contemporáneo biógrafo griego. Resulta difícil imaginar que puedan ser otros, y no César, quienes han dado origen a la tradición de este episodio; a él probablemente se debe el tono de arrogante ironía con que se aborda el mencionado suceso. «Le pidieron veinte talentos por el rescate —relata Plutarco— y él se echó a reír porque no sabían a quién habían apresado, asegurando que por iniciativa suya les daría cincuenta.»² Envío a miembros de su séquito para que reunieran el dinero, permaneciendo con él solamente su médico personal y dos esclavos.³

A pesar de su condición de rehén, durante los 38 días en que esperó a que sus enviados regresasen con el dinero, César adoptó de inmediato una posición de superioridad. Cuando tenía que dormir mandaba a uno de sus dos esclavos a que ordenase silencio. Cuando sus secuestradores se ejercitaban en la lucha, él los dirigía, como si tuviese su consentimiento para tomar el mando. Además, se aprovechaba de ellos como si fueran su propio auditorio. Para llenar racionalmente el tiempo de ocio al que lo constreñía el cautiverio, César componía poesías y discursos y los recitaba en presencia de sus secuestradores pretendiendo su admiración. Si ésta no se manifestaba adecuadamente, los llenaba de insultos llamándoles «bárbaros ignorantes», llegando a formular amenazas más graves, aunque proferidas en tono jocoso, como, por ejemplo, amenazarlos con la horca. Los piratas se divertían mucho, «atribuyendo esta franqueza de lenguaje a una peculiaridad de su carácter, es decir, a su tendencia natural a las bromas».⁴

Finalmente llegó la suma del rescate: se pagaron los cincuenta talentos y desembarcaron a César en tierra firme. ¿Cómo había obtenido la elevada cuantía del rescate? Es Veleyo quien aporta información precisa sobre este punto: «Fue rescatado con dinero público de las *civitates*;⁵ pero bajo la condición de que antes de la entrega del dinero tuviese lugar la liberación de los rehenes.» Todo ello se comprende mejor si consideramos que César pudo valerse del argumento de haber caído en manos de los piratas debido a la insuficiente vigilancia por parte de la «guardia costera»⁶ de las poblaciones (*civitates*) de la zona. Estamos en el 74, durante el gobierno del propretor Marco Yunco en la provincia de Asia,⁷ momento particularmente negativo en lo que respecta al dominio romano de los mares. La campaña de Servilio Isáurico no había extirpado de ningún modo la raíz de la plaga endémica de la piratería; los esfuerzos económicos y militares del Estado romano se concentraban en la durísima guerra contra Sertorio en Hispania, guerra que en aquel momento se encontraba en su punto culminante. Para la piratería cilicia en particular era, por tanto, un momento de pujanza y predominio, especialmente en el Mediterráneo oriental. Las ciudades costeras de Asia se veían obligadas a adoptar una posición defensiva. Ante la perentoria solicitud de César, noble romano cautivo de los piratas prácticamente en las proximidades de sus costas y debido a la ineficacia de sus controles, no tuvieron más remedio que obedecer, reuniendo la considerable suma del rescate en un tiempo relativamente breve.

Apenas liberado, César se ocupó de castigar a sus secuestradores. En Mileto armó algunas naves y se movilizó sorprendiendo a los piratas que todavía permanecían fondeados en las cercanías de la isla. Veleyo destaca con acierto que César llevó a cabo toda esta operación como *privatus*.⁸ Ante el vacío existente de un fuerte poder «público» de control sobre los mares y, probablemente, de forma análoga a la de la obtención de *pecunia publica* para su rescate, había armado algunas naves, con la ayuda de *privati*, de cuyo mando se ocupó directa y personalmente aun sin revestir en aquel momento ningún cargo que lo autorizase para ello. Hubo un enfrentamiento naval: una parte de las naves piratas huyeron, otra parte fueron hundidas, y otras fueron capturadas y se hicieron no pocos prisioneros.

En aquel momento, el propretor de la provincia de Asia, Yunco, con *imperium* proconsular, se encontraba en Bitinia por las demandas testamentarias de Nicomedes III (el cual, al morir, había dejado en herencia el reino de Bitinia al «pueblo romano»). Por ello, desde Pérgamo César se desplazó a Bitinia con su «botín

humano» de piratas ni prisioneros, pretendiendo que el propretor proveyese a su ejemplar castigo, lo que no sucedió en absoluto.

2. Yunco no tenía intención de realizar ninguna condena capital. Según Plutarco, «miraba sobre todo al botín», ya que «no era poco el dinero» recuperado por César en el momento de la captura de los secuestradores.⁹ Pero debemos considerar más exacta la aportación de Veleyo: Yunco pensaba hacer mucho dinero revendiendo a los piratas.¹⁰ De hecho, dio disposiciones en tal sentido, pero César zarpó inmediatamente con sus detenidos antes de que las misivas del propretor llegaran a manos de nadie y procedió a la crucifixión de los prisioneros por su propia iniciativa. La tradición bibliográfica a propósito de esto, como de costumbre, es complaciente. En otro lugar de la biografía cesariana Suetonio señalaba —¡como signo de la clemencia de César en las venganzas!— que antes de crucificarlos, suplicio que comportaba una muerte lentísima y atroz, los había estrangulado a todos.¹¹ Plutarco puntualiza que con tal crucifixión César no hacía más que mantener la promesa que les había hecho «fingiendo que bromeaba» cuando era su prisionero.¹²

Que el futuro «amo del mundo», de joven, hubiera caído en manos de los piratas era un acontecimiento que naturalmente se prestaba al realce ornamental y a reelaboraciones legendarias. En el relato de Polieno, el cual escribía su manual de *Estratagemas* en tiempos de Marco Aurelio, mucho después por tanto de Plutarco y Suetonio, la liberación de César de los piratas tiene lugar gracias a una estratagema digna de Odiseo. Colmados de dinero, mucho más de lo que esperaban, una vez cobrado el rescate, los piratas fueron inducidos a celebrar un banquete y fueron emborrachados con un vino que contenía una droga. Mientras dormían, César los mandó matar y restituyó a los milesios el dinero recogido para el rescate.¹³ Por otra parte, que los piratas hubieran sido «degollados» y no crucificados era una noticia de la que disponía un anticuario coetáneo de Augusto, Fenestela, el cual la refería en el segundo libro de su *Epitome*, ya perdido.¹⁴

Con la estancia de César en Asia y su desafortunado encuentro con el gobernador Marco Yunco se relaciona un discurso de César, *Para los bitinios*, del que Gelio ha conservado sólo algunas frases.¹⁵ A juzgar por lo poco que queda del escueto comentario de Gelio, parece claro que César allí habla frente a Yunco, ya que se dirige a él directamente (y sólo podía hacerlo en tanto magistrado ante el cual se pronunciaba aquel discurso),¹⁶ y explica por qué sus antiguos lazos de amistad con Nicomedes le obligaban a apoyar la causa de los bitinios. Y formula una teoría que resulta ser

también *una de las claves de la conducta del buen político en Roma*: «no se puede abandonar a los clientes, si no es cometiendo una grandísima infamia». ¹⁷

3. No conocemos otros detalles de este caso. Éste confirma, al parecer, que las relaciones con Yunco no debieron de ser óptimas (el incidente relativo al castigo de los piratas no fue un episodio banal). Éste, sobre todo, introduce un nuevo elemento en los otros asuntos judiciales en los que César, jovencísimo, se había ocupado en defensa de los provinciales. ¹⁸ En vista, según deducimos de sus palabras, de establecer un entramado de relaciones políticamente rentables para su ulterior carrera política.

Por otra parte, en el viaje que originariamente se dirigía hacia Rodas, además del percance de los piratas y de su continuación en Bitinia, había habido también otros imprevistos. En la provincia de Asia, César tomó parte en las operaciones contra un general de Mitrídates, del que Suetonio —única fuente— no facilita el nombre. ¹⁹ El episodio se explica en dos palabras: la provincia padecía las incursiones de dicho general de Mitrídates; César reclutó tropas auxiliares, hizo retroceder al invasor y logró restablecer la amistad con Roma de ciudades aliadas cuya fidelidad se tambaleaba, precisamente a causa de la evidente debilidad que el dominio romano mostraba, y ello no sólo en la región. Del mismo modo que siendo *privatus* había armado naves para perseguir a los piratas, ahora también había reclutado tropas auxiliares y adquirido experiencia, si bien marginalmente, en un conflicto muy comprometido. Si además el «Cayo Julio», citado junto con Publio Autronio como legado de Antonio Cretico en un epígrafe honorario griego del año 71, es César, ²⁰ en tal caso recuperaríamos otra pieza para conocer sus viajes y ocupaciones en Grecia precedentes a su regreso a Roma.

Mientras tanto, aun estando ausente, César fue elegido miembro del colegio de los sumos pontífices en sustitución de Cayo Aurelio Cota. ²¹ Para Veleyo se trataba de una recompensa por la pérdida de su cargo de flamen debida a la persecución silana. Desde el principio, César tuvo clara la importancia de los cargos sagrados. Como era obvio para un exponente de la clase dirigente romana, sus personales opiniones religiosas no interfirieron en sus decisiones políticas. No se convirtió en líder por casualidad, sino que construyó tenazmente su propio poder, y el pontificado forma parte con todo derecho de éste.

III

EL ASCENSO DE UN LÍDER

1. De regreso a Roma en un viaje que Veleyo imagina amenazado por los piratas «dueños de los mares»,¹ César consigue su primer éxito electoral: la elección al tribunado militar en el 72 para el año siguiente.² Fue el primero de los elegidos,³ ya que sabía cómo vencer en una campaña electoral. Para empezar, concentró sus energías en batallas características de la tradición y la formación *popularis*, tanto más necesarias, puesto que en Italia se propagaba la guerra contra Espartaco. Se dedicó —dice Suetonio un tanto genéricamente— «a apoyar a cuantos intentaban restituir a los tribunos de la plebe el poder que les había sustraído Sila». Su otra iniciativa, mejor testimoniada, fue el apoyo a la *Lex Plotia* dirigida a obtener el retorno a la patria de los secuaces de Lépido, que en aquel tiempo se habían convertido en partidarios de Sertorio, entre los que se encontraba su cuñado Lucio Cinna.⁴

Para las fuerzas en pugna era notorio que el problema más delicado que Sila dejaba en herencia era justamente el restablecimiento de los derechos de los tribunos de la plebe. Ya había constituido uno de los puntos del programa de Lépido, una instancia de Cayo Aurelio Cota en el 75, de Lucio Quincio en el 74, de Licinio Macro en el 73, y será uno de los logros del consulado de Craso y Pompeyo en el año siguiente (70 a.C.). La genérica frase de Suetonio («apoyó con todo su empeño a quienes intentaban restaurar el poder de los tribunos») ¿a qué iniciativas concretas del César tribuno de los soldados se refería? Probablemente a la aportación que pudo haber dado a la elección de Craso. Las elecciones consulares del 70 tuvieron lugar precisamente en el 71. Es muy probable, pues, que haya habido una convergencia de César y sus seguidores en apoyo de un candidato al que, ciertamente, no le faltaban los medios necesarios para conseguir el consenso, pero al que sin duda debió de convenirle la aportación de un *leader popularis* tan reconocido y activo.

En la *Vida de Craso*, Plutarco refiere, aunque desconocemos la fuente, que César, al ser capturado por los piratas, había afirmado: «¡Qué alegría sentirás, Craso, cuando sepas de mi captura!»⁵ Si no es totalmente inventada, esta noticia implica que, aun considerando el gran desnivel en el plano del poder y de los medios, entre César, todavía aprendiz de político, y Craso, adinerado y prestigioso aspirante al consulado, existía una desavenencia o quizá cierta rivalidad. «Pero después —prosigue Plutarco— se hicieron amigos.» De hecho, como veremos, Craso es asociado por diversas razones a César, figura central de la década de los 70-60, e incluso era una opinión difundida la de que entre ambos tramasen una serie de intrigas oscuras.⁶ Es probable, por tanto, que fuese precisamente la campaña electoral del 71, cuando Craso era aspirante al consulado —y lo logra poniéndose de acuerdo con Pompeyo— y César era tribuno de los soldados, la ocasión que propiciara un acercamiento entre ambos en base a un interés común.

2. El año 70 marcó una época para la constitución y para la política romanas. Ambos cónsules, que además eran los dos mayores potentados, acordaron, ya en la campaña electoral y posteriormente durante su gobierno, la demolición de la estructura constitucional silana y, en particular, la restitución de sus prerrogativas a los tribunos. El clima ya era distinto. Se vio inmediatamente cuando César, al entrar en funciones como cuestor el 5 de diciembre del 70,⁷ llevó a cabo una serie de gestos claramente emblemáticos, restituyendo oficialmente a la formación mariana su «honor político».⁸ Pronunció ante los rostros, en el Foro, «según la antigua costumbre»,⁹ el elogio fúnebre de su tía paterna Julia, viuda de Cayo Mario, y el de su esposa Cornelia, hija de Cinna, fallecidas ambas en el 69. Durante el traslado fúnebre exhibió en primera fila las imágenes de Cayo Mario y de su hijo Mario el joven, mostradas en público entonces por primera vez desde los tiempos de la victoria silana.¹⁰ A las protestas de algunos respondió el entusiasmo popular por tal iniciativa: «el pueblo lo acogió con aplausos, como si hubiesen traído a la ciudad los gloriosos recuerdos de Mario de regreso del Hades».¹¹ Consciente de la eficacia de los símbolos y fortalecido por el éxito conseguido, cuando llegó a edil, cuatro años más tarde, ordenó alzar en pie de nuevo los trofeos de Mario.¹²

El discurso que pronunció por Julia nos es más conocido que otras prosas oratorias suyas, gracias a que Suetonio ha extraído un amplio pasaje.¹³ El fragmento citado por el biógrafo parece haber sido escogido con cierta malicia. En ese punto César trata-

ba de la descendencia de Julia *por parte de madre*, y destacaba con insistencia que aquélla era descendiente de Anco Marcio (los Julios, en cambio, de Venus). Y en la reivindicación de esta descendencia *real*, César exaltaba también el carisma de la realeza. Entre otras cosas decía: «En mi estirpe están presentes *el carácter sacro de los reyes*, que tienen un enorme peso en la vida de los hombres, así como la santidad de los dioses, *de la que descienden los mismos reyes.*» La elección probablemente era intencionada. Suetonio quería señalar la fuerte reivindicación de *realeza*, esta complacencia de César en colocarse en la tradición regia. El biógrafo no olvida ciertamente la presentación habitual de César como aspirante *desde siempre* al *regnum* (a la cual él mismo contribuye notablemente con su biografía), y, consiguientemente, el fragmento citado le viene muy bien en el ámbito de dicha demostración. La imagen de un César «monárquico» sale reforzada.

El elogio de Cornelia resulta insólito, puesto que no era habitual pronunciar discursos fúnebres por las mujeres jóvenes.¹⁴ En ello César fue un innovador. Según Plutarco, precisamente este gesto insólito e innovador le hizo ganarse aún más el favor popular. El pueblo —escribe— se sintió inducido a amarlo como «hombre de corazón».¹⁵ Este dato merece atención: el favor conseguido en la opinión popular por esta innovación oficial,¹⁶ que comportaba y expresaba una mayor consideración hacia una figura femenina joven, y no en calidad de matrona excepcional.

3. Políticamente, la experiencia más relevante de la cuestura se produjo en los meses transcurridos en la Hispania Ulterior —región meridional extrema de España situada frente a Marruecos— formando parte del séquito de Cayo Antistio Vetere, pretor en el 70 y gobernador al año siguiente en aquella región. César aún recordaba años después y en una situación muy distinta, cuando en el año 45 había tenido que hacer frente, precisamente en la Hispania Ulterior, a los hijos de Pompeyo, que él había escogido aquella región con particular entusiasmo «al inicio de su cuestura» y la prefería «a todas las otras provincias», y que había hecho todo lo posible en aquella época para gratificar a la provincia con su generosidad. Conocemos estas palabras por el autor anónimo del *Bellum Hispaniense*.¹⁷ En el discurso que el autor parafrasea, César también recuerda el bien que sucesivamente había hecho a aquella provincia durante la pretura (la había liberado de los gravámenes fiscales impuestos por Metelo) y posteriormente en su primer consulado. Todo ello significa —y lo sabemos por las palabras del mismo César— que éste había intentado desde el primer momento establecer relaciones en

aquella provincia: tenía bien presente la formación de una *red* de clientelas en las diversas regiones del imperio como vehículo principal de promoción de un político. Recordemos la breve lección dada al pretor Yunco en Bitinia sobre la importancia de la *clientela* y el modo de tutelarla. El mejor «modelo» era, naturalmente, el de Pompeyo, quien en estos años está construyendo a gran escala su red de clientes, una telaraña que envuelve hasta las provincias más lejanas y que constituirá la verdadera base y la garantía de futuro del poder pompeyano. Así pues, debiendo escoger la provincia que había de administrar después de la pretura (de la que fue investido en el 62), César optará precisamente por la Hispania Ulterior, desplegando en el año 61 una vasta acción de gobierno.

Suetonio ofrece un cuadro sumario de la diligente actividad cesariana en España durante la cuestura, presentándolo enfrascado en una frenética actividad judicial¹⁸ en los diversos centros del país, entre ellos Cádiz (Gades). Veleyo habla, con su habitual énfasis, de cuestura «afrontada con admirable dedicación y valerosamente».¹⁹ El mandato específico confiado a César por parte de Antistio era «iure dicundo»:²⁰ fue una experiencia formativa para conocer los mecanismos de la administración provincial. Los vínculos establecidos entonces tuvieron un desarrollo posterior. Plutarco afirma que una vez César se convirtió en pretor quiso a su vez como cuestor al hijo de Antistio Vetere.²¹

4. Abandonó la provincia antes de tiempo; es más, «solicitó insistentemente su cese para regresar a la capital y aprovechar su estancia allí para poder acceder a empresas mayores», utilizando las palabras precisas de Suetonio sobre este punto.²² Que César había partido de la provincia *ante tempus*, antes del vencimiento del cargo, Suetonio nos lo confirma inmediatamente después. Los motivos que alega el biógrafo respecto a esta anticipada partida son cuando menos sospechosos, es más, incluso mitificadores: se trata del famoso episodio, aunque fechado de diferentes modos, de la imprevista comparación que César habría establecido entre él y Alejandro Magno. El episodio, así como el sueño que se le atribuye («en sueños le parece que mantiene una relación sexual con su propia madre»), presenta distintas versiones.²³ Plutarco, por ejemplo, sitúa la agustiosa y repentina conciencia de César de estar yendo con retraso respecto a la vertiginosa carrera de Alejandro, en tiempos de la pretura (62 a.C.),²⁴ y el sueño en la noche precedente al paso del Rubicón.²⁵ Precisamente, la variabilidad de tales episodios muestra su inconsistencia. En el caso de la autocomparación con Alejandro, varían incluso las modalidades. Para Suetonio se trató de una fulgura-

ción ante la estatua de Alejandro situada junto al templo de Hércules en Gades.²⁶ Para Plutarco se trató de un estallido de llanto durante una lectura: «¿No os parece que sea motivo de dolor? ¡A mi edad Alejandro reinaba sobre tantos súbditos, y yo todavía no he hecho nada grande!»²⁷ Da comienzo, de este modo, por parte del mismo César, la tradición de la *synkrisis* (comparación) César/Alejandro, que luego se convertirá en una especie de género literario. No figura (¿ya?) al final de la pareja de *Vidas* plutarquianas (*Alejandro y César*), pero Apiano alude a ello al final del segundo libro de las *Guerras civiles*, y dice que tal comparación era habitual.²⁸ La conexión entre la «pesadilla» de la superioridad de Alejandro y la decisión de regresar a Roma antes de tiempo es evidente: pensar en la fulminante carrera de Alejandro es, en el escrito de Suetonio, el estímulo para que César intente «coger al vuelo» (*captandas!*) la ocasión de realizar grandes empresas, evidentemente en el corazón del poder, es decir, en Roma.

El viaje de regreso de España está en relación con un episodio que conocemos únicamente a través de Suetonio, quien se expresa en este caso muy vagamente. César, antes de volver a Roma, habría pasado «por las colonias de derecho latino que estaban en agitación para obtener la ciudadanía». Evidentemente, se trata de las colonias de la Transpadania que disfrutaban del «derecho latino», no de una plena ciudadanía, desde la conclusión de la «guerra social» (88 a.C.).²⁹ Luego sigue un comentario que más que una afirmación es una conjetura: «Y los habría incitado a aventurarse en alguna iniciativa (o mejor dicho, en alguna acción temeraria) si no fuera porque, precisamente a causa de dicho riesgo, los cónsules no hubiesen mantenido en Italia por algún tiempo a las legiones que ya habían sido reclutadas en vista de la campaña de Cilicia».³⁰ El cónsul en cuestión no puede ser otro que Quinto Marcio Rey, cónsul en el 68, el cual precisamente en aquel año fue destinado a Cilicia.³¹ Éste constituye, por tanto, el punto de apoyo cronológico de la reconstrucción aquí adoptada.

Es difícil de creer que realmente Marcio Rey hubiese aplazado la partida con el fin de atemorizar con sus legiones los vagos proyectos revolucionarios del joven cuestor que regresaba de España. Posiblemente tenga razón quien afirma³² que esta información proviene más bien de las mismas fuentes poco benévolas que Suetonio aprovecha en las sucesivas páginas,³³ llenas de indiscreciones e insinuaciones sobre las implicaciones de César y de Craso en las «conjuras» que caracterizaron esta década. La más famosa de las cuales fue la de Catilina, si bien la más lograda podría considerarse la del «triumvirato».

5. Fue al asumir el cargo de edil, en el año 65, junto con Marco Bíbulo, cuando César, que desde el año 68 había concluido la etapa de la cuestura y era ya miembro del Senado, se afirmó finalmente como líder, hizo su propia política y atrajo la atención de la «alta» política. Por otra parte, en su «marcha» —en la que a menudo se encontró al lado de Craso— no «perdió de vista» en ningún momento a Pompeyo, el verdadero *patrón* de la política romana de aquellos años. Así, da su apoyo, en el 67, a la ley Gabinia, que concede a Pompeyo el mandato contra los piratas;³⁴ y en el 66, junto a Cicerón, apoya la ley Manilia que otorga a Pompeyo el comando en la guerra contra Mitrídates.³⁵ Dos decisiones hábiles y previsoras que tendrán su peso cuando, desconcertando a muchos e infringiendo los equilibrios tradicionales, César lleve a cabo la jugada decisiva para toda su carrera y para la historia de la República: el acercamiento y el acuerdo político-programático con Pompeyo.

Durante su etapa de edil, César disponía de un amplio espacio en vista a su afirmación personal que había conseguido con sus habituales métodos de conquista y con la consolidación del consenso. En primer lugar, una vasta política de «obras» o, mejor dicho, de munificencia. «Además del comicio, el Foro y las Basílicas, también hizo adornar el Capitolio con galerías provisionales donde ordenó exponer una parte de sus grandes colecciones de arte».³⁶ Otras iniciativas de «gran pompa» fueron los espectáculos de caza y otros juegos. César obtuvo para sí todo el mérito, aunque el que pagaba era Bíbulo. El cual, aun no siendo un hombre muy ocurrente, en este caso sintetizó la situación con una frase lograda. Dijo que le había sucedido como a Pólux, ya que el edificio erigido en el Foro en honor de los dos divinos gemelos, corrientemente era denominado, también de modo unilateral, «templo de Cástor».³⁷ Una ulterior ocasión de munificencia pública y al mismo tiempo de autocelebración político-familiar fueron los juegos de gladiadores que César organizó en memoria de su propio padre.³⁸ Utilizó a 320 parejas de gladiadores,³⁹ y habría deseado traer a muchos más. Pero sus adversarios, alarmados y atemorizados por la gran cantidad de gladiadores provenientes de todas partes que había hecho acudir, consiguieron aprobar una ley en virtud de la cual, en la ciudad de Roma no se podía poseer o entrenar más que a un determinado número de gladiadores.

La gestión de los gladiadores es siempre muy delicada en una sociedad esclavista y tan fuertemente militarizada como era la romana, sobre todo tras la durísima guerra combatida pocos años antes —en el 73-71— contra el ejército de los gladiadores de Espartaco y de Criso. Baste pensar, para dar un ejemplo, en el

decisivo papel desempeñado por Décimo Bruto en marzo del 44. De él dependía entonces la gestión de numerosos grupos de gladiadores en la ciudad, y esto tuvo importancia en el momento del atentado contra César y en los días que siguieron inmediatamente a dicho suceso. Sin embargo, en esta ocasión se trataba, además, del uso espectacular-electoral de los gladiadores. Dos años más tarde, en el 63, siendo cónsul Cicerón, hará aprobar en la *Lex Tullia de ambitu*⁴⁰ una norma que prohibirá celebrar juegos de gladiadores en el bienio anterior a la presentación de la candidatura, excepto por obligación testamentaria y con fecha fija. En el caso de los juegos cesarianos del 65, Suetonio lamentablemente no dice exactamente quién y por qué motivos había aprobado la autorización «de numero gladiatorum».

César dispensaba una atención casi obsesiva al alistamiento y cuidado de los gladiadores. Conocía bien la centralidad de estos trágicos combatientes-esclavos en el imaginario violento de cualquier clase social. Disponía de un servicio de «información» destinado a identificar a los mejores y más combativos gladiadores, los «odiados por la multitud», dice Suetonio⁴¹ con una expresión un tanto cruel (es decir, aquellos que «no morían nunca», que sobrevivían a innumerables enfrentamientos).⁴² Una vez adquiridos, no los encomendaba a las escuelas donde enseñaban maestros a sueldo, sino que mandaba instruirlos «en casas privadas, por caballeros romanos y hasta por senadores hábiles en tal arte, suplicándoles [*como queda patente por sus cartas*], que siguieran personalmente caso por caso los ejercicios».⁴³ Años después, cuando su hija falleció, prometió al pueblo un espectáculo de gladiadores, iniciativa hasta entonces inaudita.

Naturalmente, todo ello era muy costoso. La noticia más explícita de los efectos de la etapa de edil sobre el patrimonio cesariano, sobre su colosal endeudamiento en dicha gestión y después en la pretura, se lee en Apiano,⁴⁴ de fuente muy cercana a César (como es evidente en todo el segundo libro apiano). Comienza entonces la apremiante necesidad de dinero que ha determinado una serie de gestiones políticas, algunas muy conocidas, llevadas a cabo por César durante su carrera.⁴⁵ Posiblemente, esta gran necesidad de dinero puede estar en relación con el fracasado proyecto de hacerse encomendar, por plebiscito, una «misión extraordinaria» en Egipto, pero hubo de renunciar «por la firme oposición de la *facción de los optimates*».⁴⁶

Con los que los «populares» denominaban de ese modo, había, de hecho, una guerra abierta. La respuesta de César fue totalmente propagandística pero de gran efecto. Hizo alzar en pie los trofeos de las grandes victorias militares de Mario contra los cimbrios y los teutones, que tiempo atrás habían sido abatidos

por orden de Sila. Por otra parte, como edil le tocó presidir procesos de homicidio y pretendió que de tal categoría entrasen a formar parte también las ejecuciones de los proscritos, excluidas en su día de tal calificación en aplicación de las leyes silanas e inmunes, pues, a cualquier tipo de resarcimiento judicial.⁴⁷

La guerra de los símbolos se volvía así cada vez más áspera. Y la función del nuevo *líder* resultaba consolidada gracias precisamente a la rígida oposición de sus adversarios.